

EL NUEVO ATENEO.

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA, ARTÍSTICA,
DE INTERESES Y NOTICIAS LOCALES Y GENERALES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Un mes. 1 pta.
Trimestre. 2'50
Números sueltos.. 0,25
Pago anticipado.

DIRECTOR:

D. FEDERICO LATORRE Y RODRIGO.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

La correspondencia se dirigirá á la Redaccion y Administracion, Cristo de la Luz, 16, pral.

ADVERTENCIA.

Los señores abonados á nuestro periódico que tienen en descubierto sus suscripciones, se servirán hacerlas efectivas á la mayor brevedad posible, si es que no tienen deliberado propósito de perjudicar los intereses de EL NUEVO ATENEO.

Una publicacion que no cuenta con más recursos para sostenerse que con los ingresos de las suscripciones, difícilmente puede soportar atrasos como los que el descuido de algunos abonados nos origina.

La Administracion de EL NUEVO ATENEO, está dispuesta á suspender desde el número próximo el envío del periódico á todos los suscritores morosos, así como á emplear toda clase de medios hasta realizar los créditos que resulten contra ellos.

El medio más fácil para el abono de la suscripcion es el envío de sellos de comunicaciones ó libranzas del giro mútuo á nombre del Administrador.

ESTUDIOS DE LA RAZON.

I.

Cuando ha llegado la época en que la ciencia ha penetrado en las ideas que de antiguo fueron patrimonio de la Filosofía, el filósofo es empujado á la exposicion y desarrollo de otras que á su vez sirvan de estímulo á la ciencia, empujándola al análisis y comprobacion de las ideas nacidas.

La ciencia, representada en la humanidad, empuja al filósofo; y el filósofo, representado en la idea, á la humanidad. Y esta alternativa accion, ¿á qué obedece? Obedece á que el hombre no ha sido aún dueño de la verdad que con noble afan viene persiguiendo.

¿Necesita una prueba esta aseveracion? El hombre tiene en sí mismo la más completa.

El sucesivo cambio de ideas encadenándose unas á otras con apretados eslabones, sin que ninguno pueda salvarse no pisando en su anterior, le dicen claramente que á medida que se crece, despiertan las ideas que algunos tiempos despues la ciencia, colocando su escalpelo en manos

del investigador, lleva por estudio comprobado, la comprension de las ideas despertadas. Así ha sucedido en todas.

—El hombre, avanzando en la escala del progreso y siempre por su propio esfuerzo—llegó á sospechar que en él residia una *cosa* que en su ignorancia relativa, consideró como emanada de la Divinidad. Y aquella *cosa*, que hacía nacer en él el sentimiento, el pensamiento y la voluntad, dándole un nombre, la llamó *alma*.

Esta idea del alma, nació en un filósofo; y la ciencia más tarde, reconoció la existencia del *ente* que la idea pregonaba. Pero la ciencia, ¿ha dicho ó demostrado que el alma sea efectivamente una chispa divina con que Dios animó la tosca materia del hombre? No. ¿Y por qué? Porque es indemostrable. Porque no es aquélla su naturaleza.

La ciencia, pues, hizo cuanto pudo y se halla detenida esperando la idea del filósofo.

Yo tambien, aunque sin disponer de la ciencia, mas estudiando en mi razon, espero la idea que no nace. Ignoro por qué; aunque si hago juicio motivado, no me engañaré si le aventuro pensando en la apatía del hombre y en las restricciones que al pensamiento impusieron las religiones, al ocuparse de los destinos de todo sér al pasar á su vida de ultratumba.

Nunca ha sido lícito dudar acerca de la naturaleza del alma; y esta prohibicion, cortando el vuelo de la inteligencia, la condenó á ominosa ignorancia é impotencia en las ideas; y el hombre se vió forzado á creer que aquélla era una emanacion divina, aún cuando su creencia no fuese comprobada.

Hace algunos siglos que el alma recibió un segundo nombre llamándosela *Espíritu*; y éste, si bien considerado como sinónimo del primero, abre más campo al pensamiento y le hace entender que el alma, como su nombre de Espíritu lo indica, no es ni más ni menos que la esencia de aquéllo que lo trajo, siendo preexistente á ello.

La razon, cuyo estudio me propongo hacer, evidencia de una manera concluyente que, aquello que no puede comprobarse, ó no existe, ó es falso en su principio.

La razon tambien nos dice, y la ciencia lo comprueba, que todo asciende de lo menor á lo mayor.

Si fijamos nuestra consideracion en estos puntos, veremos que ningun razonamiento lógico puede conducirnos á pensar que Dios haya colocado una joya en cenagoso lago, para hacerla salir despues, y limpia en el tiempo, vuelva á su primitiva brillantez. ¿Qué se habria ganado en este tiempo? Nada, sino que se hubiera perdido mucho de ese mismo tiempo.

Más lógico, más racional, más verosímil, más comprobable es arrancar el alma de ese mismo cenagoso lago, en el cual nace, é ir la limpiando de toda la escoria que la encubre, hasta tenerla en toda la validez de su esencia.

La duda asalta aquí; pero la negacion brota allí, y la duda procuraremos desvanecerla. Además, las ideas para poderlas dar tal nombre, deben ser racionales, pues no siendo así se cambian en ilusiones.

No discutiría yo si Dios pudo hacer como fuese su deseo; mas teniendo en cuenta que el hombre que sabe pensar, sin ser ni aún remedo de Dios, no hace las cosas para retroceso, y sí siempre para su perfeccion, en el tiempo y en su estudio, ¿qué extraño es que me atreva á desconfiar de aquellas obras que se le imputan, y que desde luego rechazo como ajenas á la suprema inteligencia? No es caso de extrañeza.

Por otra parte, con tales pensamientos, ¿me crezco en ideas ó me hundo en el caos que las ofusca? Si esto último fuese, no sería yo quien se hundiese ni ofuscarse, sino la obra de Dios que fué imperfecta, y á ella, colocada en mí, debiera culparse de mi obcecacion.

Me basta esto sólo para pensar en conciencia que en mí, no hay ni el más pequeño átomo de la Divinidad, y que sólo poseo el conocimiento y la razon que me formé, en el trascurso de los tiempos, arrancando mi espíritu de lo más tosco, hasta alcanzar el grado que acusa su potencia en sentimiento, pensamiento y voluntad.

DAMIAN LAGO.

ISIDORO DE SEVILLA.

Si es verdad crítica que « cada estado de las letras corresponde á un estado de la inteligencia y revela, de igual modo, el social de su época » indispensable se hace fijemos, ante todo, cuál era el estado de la monarquía visigoda en

tiempos del hijo menor de Severiano y Túrta (Isidoro) cuyo ministerio y representacion, como cultivador de letras y ciencias y como instituidor de la juventud eclesiástica, nos proponemos señalar en este artículo.

No hay necesidad de recordar los acontecimientos que determinan la irrupcion de los pueblos bárbaros del Norte, ni aún el momento en que, desprendiéndose de la gran familia goda, se establecen en nuestra península los visigodos al mando de Ataulfo.

Más importante es, para nuestro fin, no echar en olvido que junto con los elementos de cultura y civilizacion, que en sus relaciones con Roma adquirieron los godos, traía este pueblo, como creencias, la herejía de Arrio, origen y causa única, segun algun historiador, de la larga, penosa y desigual lucha entre vencidos y vencedores.

No debe llamar ménos la atencion del crítico, la honda division de raza entre uno y otro pueblo, aumentada con las prohibiciones de que el hispano-latino pudiera contraer matrimonio con visigodos ó ejercer cargos públicos en el imperio: elementos de discordia que pueden darnos cumplida explicacion del carácter que distingue la primera época de aquella monarquía, y que se prolonga hasta los tiempos de Recaredo.

Reunido, en 589 de J. C., el tercer Concilio Toledano cambia, por completo, la faz de la nacionalidad española: concluye la persecucion de los católicos; los hispano-latinos, rehabilitados, no son como hasta entónces despreciados y escarnecidos; el Monarca para ser inviolable necesita que el sacerdote le haya ungido solemnemente. Es que Recaredo y gran número de Obispos arrianos han abjurado de sus errores y abrazádose al catolicismo. Es que el triunfo de la doctrina católica, en este Concilio, ha cambiado los polos de la aguja imantada (si vale la expresion). ¡Lástima grande que el vencido, al verse ahora vencedor, tome las resoluciones que el cánón 14 y el 16 del Concilio 3.º ponen de manifiesto! ¡Lástima grande que las prerogativas que el Episcopado español adquiere, le acarreen tan graves compromisos, como el de prohiar, legitimar y canonizar, á menudo, la usurpacion y el crimen con mengua de la justicia y menoscabo de la santidad de la Doctrina Evangélica!

Esto contribuye ¡quién lo duda! á fomentar los gérmenes de la decadencia de aquel Imperio.

El pueblo visigodo que entró en España como conquistador, despues de ser vencido moralmente, quedaba reducido á la impotencia en el terreno de la fuerza donde habia sido incontrastable.

Tan extraordinaria mudanza tenia su legítima expresion en el mundo de la inteligencia. Las letras católicas, alimentadas constantemente por la contradiccion del clero arriano, habian acabado por echarse en brazos de la controversia, obteniendo la más señalada victoria. Libres ahora de toda opresion, desembarazadas de todo obstáculo, contribuian á dar mayor lustre á la Era inaugurada por Leandro de Sevilla. La literatura que durante largo tiempo habia pugnado por sostener la tradicion de los Padres y reflejar en sus obras los últimos resplandores del arte clásico, parecia reanimarse con inusitado valor.

Tal es el momento en que florece Isidoro de Sevilla, el menor de los hermanos de la nobilísima familia de obispos y de vírgenes.

Dejando á un lado los misterios y prodigios de que tiene

rodeada su cuna (1) cúmplenos dar una ligera reseña biográfica del ilustre varón que más señaladas alabanzas recogió de sus contemporáneos: *Doctor de las Españas*, le apellidaba Bráulio, Obispo de Zaragoza; *Espejo de Obispos y de sacerdotes*, en el sentir de Ildefonso, metropolitano de Toledo. El Pontífice Gregorio el Magno le honraba con el envidiable título de *Segundo Daniel*: prueba del aprecio singular con que, el sábio y venerable anciano que se sentaba en la silla de San Pedro, recibía los servicios hechos á la Iglesia por el nuevo metropolitano de Sevilla. *Prelado de los Obispos, y Príncipe de los sacerdotes*, le apellida San Martín; *Apóstol de Cristo* le nombra D. Pedro, Arzobispo de Santiago. El Concilio 8.º de Toledo (653) le llamó *Doctor excelente, la gloria de la Iglesia católica, el hombre más sábio que se hubiese conocido para iluminar los siglos últimos, y cuyo nombre no debe pronunciarse sino con mucho respeto*.

Natural de Cartagena, dejáronle sus padres al celo de sus hermanos Leandro, Fulgencio y Florentina, quienes emplean toda suerte de medios para que labrasen en él sus doctas y paternales enseñanzas. A tan dulce solicitud correspondía Isidoro con extraordinaria aplicación, no sin vencer con generoso anhelo la tenaz dificultad que halló su infancia al penetrar los rudimentos de letras y ciencias.

Prescindimos de la anécdota que el Cerratense refiere sobre la fuga de Isidoro, siendo muchacho (2), por los castigos que su hermano Leandro debió imponerle, dada su primera rudeza y desaplicación.

Estudia con fervor las lenguas sábias (latín, griego y hebreo,) las artes liberales y los superiores estudios de Teología, viniendo á ser el más claro ornamento de la escuela que Leandro había fundado en Sevilla. Conocía familiarmente la elocuencia y poesía de griegos y latinos, la filosofía peripatética y la de los Padres.

Cícero y Quintiliano, Horacio y Virgilio, Platon y Aristóteles, Gerónimo y Agustino, eran para él otros tantos astros que debían alumbrar la difícil senda que su esclarecido hermano le trazara.

Asociado á las árdidas tareas de la escuela, llamándole al par las más difíciles de la conversión del pueblo visigodo, que debían conquistar á la raza hispano-romana la supremacía moral, su voz simpática y elocuente sojuzga y domina todos los espíritus, así esponga los oradores y los filósofos, ó acuda á los libros santos para abrumar bajo el peso de su palabra la impiedad arriana.

La muerte de su hermano le eleva á la silla de Hispalis

(1) Tal como el del enjambre de abejas que había posado en sus lábios, ó el de que su hermana Florentina le veía á menudo levantarse en los aires, ó el que nos cuenta su historiador (el Cerretense) de que todavía en la infancia, noticioso de la ciencia de Gregorio el Magno, salió una Nochebuena de la Iglesia de Sevilla, y, al terminarse la primera lección, fué á Roma, vió al Pontífice que le conoció al momento, y abrazándose ámbos, cariñosamente, se volvió Isidoro á Sevilla hallando á los clérigos de la metropolitana diciendo el *matutina laudes*, en todo lo cual no vemos otra cosa sino el respeto que los hombres superiores infunden siempre y la humana flaqueza para no confesarse humillada y vencida, acudiendo á lo maravilloso y sobrenatural.

(2) Tomó el camino de Itálica, y llegando á un pozo, la piedra horadada por el continuo caer de la gota de agua, y el madero acanalado por el frotar de las cuerdas, le hicieron comprender, que, con insistencia, se llega al resultado apetecido.

(Sevilla), metrópoli de la Bética, y ninguno como él era en efecto más digno de ceñir la mitra ilustrada por el nobilísimo Leandro.

Por la fuerza de voluntad y por la claridad de su ingenio refleja en sí la grande y extraordinaria transformación de la religión y de la política que había dado nuevo curso á los destinos de la patria.

Congregó en su metrópoli los Obispos de la Bética para condenar la herejía de los acéfalos, cuyos errores pulveriza con el testimonio de las sagradas escrituras y autoridad de los Basilio, Lactancios y Gerónimos.

Por espacio de cuarenta años ocupó Isidoro la silla metropolitana, y en ella demuestra su celo, como maestro, por las escuelas en que había alcanzado la ventura de recibir las primeras nociones de la ciencia, procurando su engrandecimiento y desarrollo, dándoles organización conveniente y duradera.

Como cultivador de las letras abarcaba todos los conocimientos humanos, pasando con notable acierto de la filosofía á la teología, de la jurisprudencia á la historia, de la geografía á la astronomía, de las ciencias naturales á las matemáticas, de las artes á las costumbres, y, coronando el edificio de su saber, con el estudio de las antigüedades sagradas y profanas, aparecía por último, cual digno intérprete y depositario de la civilización del mundo antiguo.

Llamado á presidir el cuarto Concilio de Toledo (633)—como el más antiguo de los cinco metropolitanos—organiza la Iglesia, que había triunfado en el anterior, y echa los fundamentos á la futura enseñanza del clero en toda la Edad Media. No interesa á nuestro propósito ver lo que se hizo en aquel Concilio respecto á la ordenación general del Estado y de la Iglesia (como las fórmulas de consagrar al rey, las relativas á las costumbres del clero, que dicho sea de paso no andaban muy bien en aquella época, etc., etc.); debemos fijar solamente nuestra atención, en el canon 24 que trata de la creación de las escuelas en donde debía educarse la juventud para el alto ministerio del sacerdocio. Hecho que viene á demostrar que el clero secular aspiraba á competir en letras y ciencias con el clero regular, único depositario de ellas hasta entónces.

Dispone este cánón que en cada diócesis, al lado del metropolitano, hubiera una escuela para educar á los que se dedicaran al sacerdocio (1).

Faltaba dar forma literaria á esta institución, y al efecto Isidoro que tenía ya su trabajo del libro de las *Etimologías*, lo presenta al Concilio: al lado de las escuelas pone el libro de texto.

Con razón ha sido llamado *maestro*, por todos los españoles y comparado por Bráulio, en la introducción á las *Etimologías*, á uno de los cuatro ríos del paraíso que vino á regar abundantemente toda la España con su ciencia y su palabra y á un sol que la alumbró con el ejemplo de su santidad y buenas obras.

Isidoro no aspira sino á perpetuar en el clero la doctrina por él acaudalada y difundida ya entre sus discípulos; asegurando, de esta manera, el fruto de aquellos dos Concilios memorables en la historia del catolicismo, en que habían

(1) Estas son las escuelas clericales de la Edad Media, cuya institución traspasa los Pirineos y llega hasta las bocas del Ródano en la Galia Gótica.

resplandecido no ménos la virtud que la ciencia suya y de Leandro. Verdaderos faros de la Iglesia: Leandro siembra, Isidoro recoge á manos llenas la abundante y granada mies, volviendo á derramar solícito la preciosa semilla.

(Se continuará.)

SATURNINO MILEGO.

DE LA VIRUELA EN TOLEDO.

Ha llegado á tal extremo lo que se dice de la enfermedad que bajo la forma epidémica se ha presentado hace algun tiempo entre nosotros, y son tales los comentarios que de ella se hacen con notable exajeracion de los hechos, que no podemos resistir al deseo de ocuparnos nuevamente de este asunto que hoy sostiene fija la atencion pública, tanto con objeto de poner en su lugar lo que haya en él de verdad y sea digno de tenerse en cuenta, cuanto por pasar una rápida ojeada á los medios que se hayan adoptado para atajar un mal que por poca importancia que hoy tenga no debe ser nunca mirado con indiferencia.

Inútil creemos el silencio cuando se trata de una cuestion tan importante, pues en asuntos de esta índole sólo sirve para aumentar la desconfianza y dar origen á que los espíritus pesimistas propalen á su antojo las más absurdas especies. Por otra parte la reserva es inútil porque en poblacion tan reducida nadie puede desconocer lo que en ella pasa.

Que la viruela existe en Toledo nadie puede negarlo: el que ésto intentase seria un necio ó un mal intencionado. Que tiene cierta importancia y que es preciso poner en práctica los medios generales aconsejados por la ciencia para combatirla, tampoco puede desconocerse. Pero lo que no puede ni negarse ni desconocerse es que la epidemia no ha llegado á adquirir un grado tal de intensidad y violencia que dé motivo fundado á las inconvenientes exajeraciones de algunos y al ridículo miedo de los más.

Es preciso por tanto dejar aquí consignado que la afeccion variolosa no tiene hoy por hoy toda la gravedad que los más pesimistas quieren darla, y que no es preciso para combatirla recurrir á medidas extremas. En apoyo de este aserto podemos citar la opinion del distinguido práctico de la Facultad de Medicina de Madrid D. Ramon Sanchez Merino, el cual dice que cuando una epidemia es benigna las defunciones no pasan del 16 por 100 de invadidos y que sólo cuando afecta un marcado carácter de gravedad alcanza del 20 al 30 por 100.

¿Cómo pues dar gran importancia á una epidemia cuyos casos funestos no pasan de un 10 por 100 de invadidos?

En efecto; de los datos oficiales se desprende que desde Agosto último hasta la fecha los atacados de la viruela habrán llegado escasamente á 200 habiendo sido unos 20 el número de fallecidos.

Además, de estos invadidos, muchos lo han sido de *vario-loide* ó sea de la enfermedad que vulgarmente se conoce con el nombre de *viruelas locas* que es una entidad patológica distinta y de una forma excesivamente benigna.

Pero si la enfermedad en cuestion, afecta hoy un carácter poco marcado de gravedad y no debe alarmar en manera alguna á la poblacion, no es razon para que los encargados de velar por la salud pública miren con indiferencia el curso de la epidemia sin hacer algo para atajarla y combatir los progresos del contagio.

Seguramente así lo habrán comprendido los dignísimos individuos de la Junta de Sanidad, cuando se han reunido y en diferentes sesiones han venido discutiendo puntos científicos relacionados con la epidemia actual, tomando algunos acuerdos en presencia de los datos que por conducto del señor Subdelegado del partido le habian suministrado los Profesores Médicos de la localidad.

No sabemos á ciencia cierta cuáles fueran los acuerdos tomados por esta Corporacion; pero si hemos de dar crédito á lo manifestado por algunos de sus individuos, una de las discusiones en que más se ha fijado ha sido en la de decidir á cuál de las dos vacunas debia concederse más importancia: si á la de brazo á brazo ó á la animalizada, es decir, á la que procede de la reinoculacion en la vaca del virus vacuno del hombre, habiéndose desechado esta última como inútil.

Desde luego que el asunto era de interés y no hemos de ser nosotros seguramente quien lo niegue, tanto más cuanto que en ciertos puntos estamos conformes con el parecer de la Junta; pero francamente, desde el principio de la epidemia venimos creyendo que la mision de esta Corporacion era la de buscar un medio fácil y rápido de proceder á las operaciones de vacunacion y revacunacion, allanando todas las dificultades que para esto se pudieran presentar sin fijarse con anterioridad en otras cuestiones.

La ciencia en efecto no ha dicho todavía su última palabra acerca de la propiedad preservativa de la vacuna del hombre ingerida en la vaca, y la doctrina médica Española sentada en las últimas discusiones de la Academia de Medicina de Madrid, no ha rechazado el uso del virus así obtenido que hoy se usa en casi todos los Institutos de España y muchos del extranjero.

No era pues á mi modo de ver conveniente esta discusion, tanto más cuanto que si algo habia hecho bueno, ó malo, que no hemos de discutirlo en este momento, la iniciativa particular en este asunto, era precisamente aquéllo que se condenaba por la Junta, con lo cual si no se edificaba nada por lo ménos se destruía lo poco que se habia levantado.

Posible es que la Corporacion de Sanidad, haya tomado acuerdos posteriores que resuelvan y vengán á traer al terreno práctico el medio más importante aconsejado por la ciencia para combatir la epidemia variolosa; mas ignorando lo que haya en este asunto nos limitamos á pensar que tenemos ya organizado un servicio sanitario de vacunacion oficial que dentro de breves momentos empezará á funcionar con gran aplauso de todos.

Hasta que esto suceda bueno será recomendar á la poblacion en general no se deje seducir ni impresionar por los que aún ven peligros en la vacunacion y revacunacion en tiempo de epidemia de viruelas, suponiendo que tales prácticas dan mayor aptitud para contraer la enfermedad durante la erupcion de la vacuna.

Tan infundadas suposiciones no pueden partir más que de las necias preocupaciones del vulgo ignorante; pero si acaso algun Médico se atreviera á sostenerlas, creeriamos ó que no se habia detenido en el estudio de este inocente medio profiláctico ó que todavía estaba seducido por las sistemáticas doctrinas y datos insuficientes é incompletos en que se apoyaron los impugnadores del inmortal Jenner.

F. SANCHEZ.

LA TANDA DE WALSES.

III.

Con el talante severo
Y el rostro desencajado,
Al artista laureado
Acercóse un caballero.

De su aparicion en pos
Miráronse fijamente,
Y el diálogo siguiente
Entablóse entre los dos,
Mientras Gustavo, el esposo
A Clotilde prometido,
Por la ira enloquecido
Se agitaba tembloroso:

GUSTAVO. Vos no me conoceréis,
Pero yo voy á explicaros:
Tengo un placer en odiaros
Y deseo que me odieis.

TEODORO. No sé qué hay en vuestro acento
Que, con verdad os lo digo,
A juzgaros enemigo
Empiezo en este momento.

GUSTAVO. ¿Me conocisteis?

TEODORO. Si tal
La verdad es espantosa;
Vos la quereis por esposa
Y yo soy vuestro rival.

GUSTAVO. ¿Y persistis en bailar
Con Clotilde?

TEODORO. Si, por Dios!
Aunque presumo que vos
Me quereis ántes matar.

GUSTAVO. ¡Eso quiero!

TEODORO. Yo tambien
Y vendo mi vida cara:

GUSTAVO. Mil vidas os arrancara
Una á una y cien á cien.

TEODORO. Pues.... odiais con vehemencia.

GUSTAVO. Así odiaros me acomoda.
Decid ¿no os incomoda
Tal calor, tal concurrencia?
¿No os hacen impresion
Tantos seres que se agitan,
Y tantas voces que gritan
En discorde confusion?

TEODORO. Lo que vos querais yo quiero.
A mí siempre me ha gustado
Por elocuente y callado
El lenguaje del acero.

GUSTAVO. Yo sé de cierto lugar
Donde libres estaremos
Y, á satisfaccion podremos
Ese lenguaje escuchar.
¿Las condiciones?....

TEODORO. Sabidas:
En juegos tan empeñados
Los aceros son los dados;
Las apuestas son las vidas.

Esto diciendo los dos
El salon extenso cruzan
Y la puerta del palacio
Con planta ligera buscan:
Atraviesan ancha plaza
Y entre la sombra se ocultan
De una estrecha callejuela
Lóbrega, torcida, oscura.
Está el cielo negro, negro
Como el fondo de una tumba,
Y choca en densos raudales
Contra las piedras la lluvia;
Y á favor de la luz cárdena
Del relámpago, que surca

Con orlas de triste brillo
Crespones de negra bruma,
Mírase á los dos rivales
Frente á frente, con sañuda
Actitud: luce en sus manos
Largo acero que fulgura
Cuando el relámpago en él
Refleja su luz confusa:
Y pasado un breve instante
Las fuertes espadas cruzan,
Y retroceden y avanzan,
Y con encono se buscan;
Y más de una vez el hierro
En las carnes se sepulta,
Como el áspid de una víbora
Que en su coraje procura
Buscar en la sangre humana
Consuelo á la rabia suya.
De pronto se oyen dos ayes,
Y dos espadas se ocultan
En dos enemigos pechos:
Caen dos cuerpos y la lluvia
Con rojas olas de sangre
Esmalta sus olas turbias.

IV.

Despues de un breve rato, se oyó débil quejido:
Un hombre en torno suyo, sus ojos dirigió,
Y casi moribundo, y ya desfallecido,
Queriendo incorporarse, sus fuerzas reunió.

¡Horrible el desenlace de aquel sangriento drama!
Teodoro fué el herido, el muerto su rival,
Pero tambien aquél comprende que derrama
La muerte por sus venas su hálito glacial.

Y mira ante sus ojos las rejas del palacio
Y vé á través de ellas del baile el esplendor,
Y siente que en las olas palpita del espacio
De la solemne fiesta el plácido rumor.

El plomo de la muerte sobre sus miembros pesa:
La faz de la agonía comienza á contemplar;
Y piensa en su Clotilde, y piensa en su promesa
¡Y cuando está espirando se acuerda de bailar!

Entónces con su mano convulsa y temblorosa
De cuyos frios músculos huyó la vida ya,
Oprime palpitante su herida dolorosa,
Por donde en rojas olas, la vida se le vá.

Intensa calentura enciende en él su lava,
Su sangre enardecida palpita con ardor.
Teodoro piés y manos sobre la tierra clava
Y levantarse quiere. ¡Oh fuerza del amor,

Que arranca de sus tumbas los pobres moribundos
Vertiendo en el espíritu su aliento germinal,
Y que volcar pudiera los infinitos mundos
Rompiendo sus cimientos con brio colosal!

Teodoro levantóse por un breve momento;
Sobre su débil planta, sin fuerzas, vaciló;
Y á la pared sujeto, despues, con paso lento,
A la mansion hermosa, su paso dirigió.

Llegó á la extensa puerta: bordado pañizuelo
Sobre la abierta herida coloca sin tardar,
Y luégo, á cada instante temiendo caer al suelo
En el salon del baile penetra con anhelo
¡Cansado de la vida y ansioso de bailar!!

V.

Está la fiesta en su mejor período:
Es la hora en que cada convidado,
Quisiera en el placer exacerbado
Tener más cuerpo por gozarlo todo.
Se perciben flotar en el espacio
Ósculos que saturan con su aroma
La atmósfera agradable del palacio:
Es allí cada sér fragante poma
Bajo los rayos del placer abierta,
Excepcion de Clotilde y de Teodoro,

Que luchan de su pena en el desierto!
 ¡Ella por sus amores casi muerta!
 ¡Él por su amor y por su herida muerto!
 Se aproxima el momento deseado:
 Ya el piano preludia los primeros
 Acordes de aquel wals, por un amigo
 Del infeliz Teodoro ejecutado.
 Este agitado por suplicios fieros,
 Con febril ligereza
 A su hermosa Clotilde se aproxima,
 Y ya ésta apoya su nevado brazo
 Que parece surgir de un mar de encajes,
 Sobre el helado brazo de Teodoro.
 Suena el piano: férvido oleaje
 Parecen las parejas bulliciosas
 Que pasan como ráudo meteoro
 Del salon por el centro dilatado,
 En tanto que armoniosas
 Se destacan las notas vigorosas
 De aquel wals laureado.
 También Teodoro baila: también gira,
 Y contra el pecho á su Clotilde estrecha:
 Junto á sus sienes mira
 Su cabellera en bucles mil deshecha;
 Aspira el fuego de sus garzos ojos,
 Bebe el aliento de su boca pura,
 Absorbe de sus frases la ternura,
 Convulso oprime su nevada mano,
 Mientras ciñe amoroso
 El contorno gentil de su cintura.
 ¡Y ella!... Ella en sus brazos se abandona;
 Se arroja en sus miradas su alma entera
 Y sofoca los besos que palpitan
 En su boca hechicera;
 Y ambos latir sus corazones sienten
 Tanto y de tal manera,
 Que pudieran decir que son resortes
 Cuyo soberbio impulso los moviera.
 ¡Y luégo aquella atmósfera tan grata!
 ¡Luégo aquella armonía melodiosa
 Cuyo vivo compás los arrebató
 En vuelta sin igual, vertiginosa!
 Después aquel contacto!... mas Teodoro
 Ya no distingue en torno los objetos
 ¡Le parece el salon jaula de oro
 Donde bailan parejas de esqueletos!
 Siente cómo la vida
 Pugna por escaparse de su seno;
 Ancho raudal de sangre generosa
 A borbotones brota por su herida:
 De sus pupilas huye presurosa
 La luz, ¡gira en la sombra!
 Y exclamando — ¡Clotilde yo te adoro! —
 De su amada besó los bucles de oro
 Y exánime cayó sobre la alfombra.

VI.

Al mirar á Teodoro ya espirante
 Clotilde vaciló:
 Y exhalando un gemido, agonizante,
 A su lado rodó.
 De sus bocas ya lividas el fuego
 Un ósculo apagó:
 Murió el artista desdichado, y luego
 Su Clotilde espiró.
 Y al despejar la gente los salones,
 Al oír sollozar
 Al Conde, á quien tan rudas emociones
 Habian de matar,
 Hubo alguna mujer que así decía
 Llorando de pesar:
 ¡¡Son dos amores que en la tumba fría
 Su tálamo han de hallar!!

FEDERICO PARREÑO BALLESTEROS.

Madrid 11 Octubre 1879.

LAS BODAS DE ABDALLAH.

(Tradición toledana.)

III.

Sucedió después de esto un hecho extraño cuya explicación buscan en vano los historiadores. Las crónicas lo recogieron en sus anales; la tradición lo conservó en todos los labios, y el pueblo le hizo objeto de un sin número de leyendas y romances que andan en boca de todos y que vivirán lo que viva en el mundo nuestra lengua. Falto de datos en la historia el sentido popular fué á buscar su explicación en la fé.

Apenas la puerta de la régia cámara se cerró tras los dos esposos, agitados por tan distintos pensamientos, postróse la Infanta de hinojos á los piés de Abdallah, y abrazando, llena de espanto sus rodillas, le dijo con voz entrecortada por el llanto:

—Señor: el mandato de mi hermano el Rey de Leon me arroja, contra mi voluntad, en vuestros brazos. Unidos ya ante los hombres no lo estamos, no lo podemos estar nunca ante Dios ni ante nuestras conciencias. La palabra que en un momento de debilidad arrancasteis á mi hermano es el único lazo que anuda nuestro destino: rompedlo. Dejad que yo me dedique al servicio de mi Dios, lejos de los mezquinos intereses mundanales que pasan y perecen, y mis labios os bendecirán.

—¡Dejaros, señora!—murmuró con calor Abdallah.— Cuando os ví en la corte de vuestro hermano una voz se levantó en mi interior para decirme que la vida sin vos era imposible. Diferencia de ideas, de patria, de religion, todo se borró ante mí. Vuestra imagen se me aparecía á todas horas en mis sueños eclipsando la hermosura de esas huríes que engalanan el Paraiso, prometidas á los creyentes por el venerable Profeta; y vencí mis escrúpulos, arrostré la impopularidad, y fuí á llevar mi espada y mi pueblo al servicio del Rey de Leon, el enemigo de mi Dios y de mi raza. Por pago á mi alianza, sólo pedí una cosa: vuestra mano. Y hoy que ya es mia, ¿habia de perderla, y de perderla por mi culpa? Jamás, señora, jamás.

—Vuestro pueblo me aborrecerá como yo le aborrezco; vosotros sois los vencedores y yo pertenezco á la casta de los vencidos. Entre nosotros no puede haber alianza; así lo exigen nuestros dioses.

—¡Que así lo exigen nuestros dioses!... No lo creais. Si así fuera, el Sér á quien adoran los cristianos hubiera detenido los labios del Monarca leonés ántes que éste hubiera solicitado mi apoyo para sus luchas intestinas; el poderoso Allah, á quien yo venero, hubiera secado mi brazo ántes que permitir que tremolase mi bandera junto á la cruz del Nazareno. No lo ha hecho, y eso nos dice claramente que nuestros dioses quieren que nos amemos, que vivamos felices, y que la dicha sonría en nuestro hogar.

—Sólo hay un medio de que yo os ame—dijo tras breve pausa la Princesa.

—¿Será posible?—preguntó con júbilo el enamorado caballero.—Decidme cuál es, y yo os juro vencer todos los obstáculos, por grandes que sean, que se opongan á este fin. La vida de mis soldados, el oro de mis pueblos, todo es mio, y todo lo sacrifico por conquistar una sola mirada de esos ojos, una sola sonrisa de esos labios.

—Pues bien, sea una nuestra religion. Hacedos cristiano. Retrocedió algunos pasos Abdallah al oír tan inesperada proposición, pero reponiéndose en seguida exclamó con voz grave:

—Lo que solicitais de mí es un imposible, y si fuera capaz de abrigar tal pensamiento, me hundiría este acero en el pecho para castigarme por mi cobardía.

Y con voz más dulce añadió despues:

—¿No habeis visto muchas veces dos flores que enlazan sus tallos y confunden en un beso sus entreabiertos capullos? Se aman y se unen en el misterio del valle; cada cual conserva, sin embargo, su perfume. Vedlas de léjos; no forman más que una sola planta; acercaos y percibireis claro y distinto el aroma de cada una. Pues bien, seamos nosotros en nuestra union como esas flores del valle. Amémonos, vivamos siempre unidos en el amor y la felicidad, pero conservemos cada cual nuestra religion que es la esencia de nuestro sér, el perfume de nuestra alma.

—Jamás—replicó Doña Teresa.—Mi fé considera sacrilega esta union.

—El amor que os profeso la santifica y la eleva; los hombres la sancionan, y nuestros dioses la bendicen.

—Mi corazon la rechaza.

—Yo conquistaré vuestro corazon á fuerza de amor y de halagos.

—Os he dicho el medio que teneis para cegar el abismo que nos separa.

—Es indigno de mí.

—No hay otro.

—Sí;—exclamó ya amostado y con duro acento Abdallah—hay otro. El que me dan mi fuerza y mi derecho. Sois mi esposa.

Y dió un paso hácia ella.

—Temed la cólera del Dios de los cristianos.

—Nada temo y sus rayos no pueden alcanzarme. ¿Qué fuerza tiene ese Dios que os mantiene en la servidumbre y os ha hecho nuestros esclavos?

Y siguió acercándose decidido. Doña Teresa cayó de hinojos otra vez.

—¡Piedad! Tened piedad de mí!

—Imploradla de vuestro Dios, porque la cólera ha cerrado mi oído á vuestro ruego.

—Dios de mis padres, protéjeme!

Abdallah dió un paso más hácia adelante.... En aquel momento apagóse la lámpara que alumbraba la estancia y se oyó en todo el palacio un estrépito espantoso, á la vez que todo él retemblaba como agitado por una mano invisible.

Despertáronse los que dormían; interrumpieron sus oraciones los dos Obispos que imploraban la proteccion del cielo sobre Doña Teresa, y moros y cristianos en tropel acudieron desolados á la cámara ocupada por los cónyuges, en la cual se oía la voz del Monarca toledano que exhalaba gritos desaforados.

Cuando llegaron á ella, la estancia estaba iluminada por un resplandor vivísimo que los hizo retroceder. En un ángulo, la Infanta, arrodillada y con las manos unidas, oraba fervorosamente siguiendo con la vista un reguero de luz que desaparecía en el techo. En el ángulo opuesto, Abdallah, con las facciones lívidas, los ojos prontos á salirse de las órbitas, tendido en el suelo, y tratando de incorporarse sobre un brazo, señalaba con el dedo un punto del espacio, y murmuraba con voz cavernosa:

—¡Allí!.... ¡Allí!.... Por allí han salido..... ¡Siento aún el ruido de sus alas!....

(Se concluirá.)

EUGENIO DE OLAVARRÍA.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

SUMARIO.—*La Mariposa*.—*Redimir al Cautivo*.—*Desagravio á la señora Baena*.—El Sr. Gonzalez.—*Artistas para la Habana*.—Un nuevo beneficio.—Anuncio.—Acabemos.

No fué posible por la brevedad del tiempo dar noticias á nuestros lectores en el número anterior de la ejecucion en nuestro Teatro de *La Mariposa*, puesta en escena la noche del día 8.

La opinion dió un nuevo lauro en Madrid al Sr. Cano, por su drama, llamado por el autor comedia, y aun cuando la versificacion es brillante y el conjunto de la trama agradable, no está la obra exenta de lunares y escenas inverosímiles, huelgan en ella algunos cuentos del asistente y es raro é inconcebible que la persona que ampara á un huérfano, le maltrate con el desprecio y la burla.

Se distinguió notablemente la Sra. Baena, ella fué el alma en la ejecucion, ella dijo toda su parte con el más delicado sentimiento, dándole un sello de poesía é interés palpitante; su última transicion, fué hecha sin exajeraciones, con dulzura, en una palabra, estuvo inimitable, el público debió recompensar con mayores aplausos á tan distinguida y simpática actriz. Reciba nuestros plácemes.

* *

El Sr. Valentin exajeradísimo en el primer acto, más que persona grave, parecíanos el jóven Coronel, que interpretó el dicho señor, nóvel Alférez ó aprendiz de cadete que al menor suceso agradable en su vida, se entrega gustosísimo á constante gimnasia de piernas y brazos.

* *

La Srta. Bernal es muy bonita, pero ésto no es suficiente y se descuida algun tanto; quizás se entregase á risueños pensamientos esa noche. La rogamos no se distraiga y ponga cuidado en la escena. Reconocemos talento en ella.

* *

Los Sres. Gonzalez, Espejo y Parreño contribuyeron al mejor éxito.

* *

La noche del jueves, *día de moda*, la entrada fué regular, la interpretacion de *Redimir al cautivo*, fué notable, sobresaliendo todos los que en dicha comedia tomaron parte y haciendo pasar al público un rato agradabilísimo.

* *

El Sr. Gonzalez cada dia gusta más y cada vez que le vemos en las tablas nos convencemos de que es un verdadero actor cómico.

* *

En dicha noche la Sra. Baena se equivocó dos veces; de algunos sitios del Teatro, salieron muestras de desaprobacion, á nuestro juicio, poco cultas; la Sra. Baena está juzgada; un actor puede tener un descuido, pero no creo que sea esto para *sisearle* y comprometerle en el resto de la obra.

* *

Los *intransigentes*, podían en cambio de esas muestras de desaprobacion, haberla colmado de aplausos las dos noches en que se puso en escena *La Mariposa*, y la noche que esta actriz interpretó y dijo perfectamente en *Isabel la Católica*, toda su parte.

* *

La misma noche se puso en escena la zarzuela *Artistas para la Habana*; el Sr. Diaz inimitable, hizo pasar un buen rato al público. Porque se ejecutase la zarzuela la Srta. Bernal cantó con gusto y afinacion; el público la hizo repetir entre atronadores aplausos las malagueñas.

* *

El lunes tendrá lugar el beneficio que la *Sociedad dramática* dedica á los inundados de las provincias de Levante;

cuando EL NUEVO ATENEO llegue á manos de sus habituales lectores, conocerán el programa: piezas de concierto por la orquesta, dirigida por el Sr. Scarlatti; en el piano por las Srtas. de Montagut y Salgado; dejará oír su armoniosa voz la bellísima Srta. de Malats, y en union con la Sra. Arenas de Solás, Sres. Serrano y Solás, ejecutarán la zarzuela *Los Carboneros*; para que nada falte, se pondrá en escena el bellísimo drama de Larra, en un acto, *¡Una lágrima!*

Se leerán bellísimas poesías.

*
**

La velada promete ser brillante, á estas fechas no es fácil encontrar una localidad; tal es el pedido que se ha hecho de éstas.

El lunes se pondrá á la venta en las librerías de Fando é Hijo y Villatoro el primer tomo de la obra titulada *Campañas del Duque de Alba*, de nuestro buen amigo y compañero el Sr. Martin Arrue. En números anteriores nos ocupamos de este trabajo; sólo nos atrevemos á recomendar al público que lo lea y despues juzgará.

Acabemos:

—¿Papá, cómo es que cerrando las puertas vienen las viruelas? preguntaba un niño.

—Las viruelas no vienen por las puertas.

—¿Pues por dónde?

—Por la policía, aseo y cuidado de las calles.

—Entonces estamos bien, papá, porque las calles siempre están sucias.

(Un policía.)—¡¡Es que se fumigan!!

RICHARD.

REMITIDO.

Sr. Director de EL NUEVO ATENEO.

Toledo 11 de Noviembre de 1879.

Muy distinguido señor mio: Prohibido terminantemente como V. sabe, por las leyes de Sanidad vigentes, no sólo el enterramiento en las iglesias, sino hasta los funerales á cuerpo presente, es verdaderamente extraño que en esta capital se tolere la infraccion de tan necesaria como beneficiosa disposicion legal. Digo y afirmo esto, Sr. Director, porque habiendo pasado ayer tarde por la plazuela de San Vicente, he tenido ocasion de apercibirme del enterramiento de una monja del Convento de las *Gaitanas* que, al parecer, habia fallecido la noche anterior, en un local reducidísimo de aquel edificio, local situado debajo de la casa núm. 4 y con una ventana á la calle, reuniendo por tales circunstancias las peores condiciones para el objeto á que se destina.

Y como hechos semejantes, aquí por desgracia algo frecuentes, debido al crecido número de Conventos y al Colegio de Doncellas, donde tan perjudicial costumbre se sigue, á más de ser notoriamente ilegales, pudieran muy bien afectar á la salud pública, seria de desear, y así encarecidamente se lo ruego, que por conducto de su ilustrado periódico se llamase la atencion sobre el particular del Gobernador civil de la provincia, del Alcalde y de la Junta local de Sanidad: que la tolerancia, siempre mal entendida, en asuntos de higiene y salubridad suele producir fatales consecuencias.

Por ello anticipa á V. las debidas gracias su afmo. S. S. Q. B. S. M., UN VECINO.

TOLEDO, 1879.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE FANDO É HIJO,
Comercio, 31 y Alcázar, 20.

ANUNCIOS.

MARIANO RUEDAS É HIJOS,

OBRA-PRIMA, 22.—TOLEDO.

COMERCIO DE GÉNEROS NACIONALES Y EXTRANJEROS

FABRICA DE JABON,

premiada en las Exposiciones Aragonesa, de Viena y Madrid.

En la misma casa se vende COK lavado de primera clase al precio de 16 rs. quintal y 17 puesto á domicilio.

MÉTODO DE AHN. CLAVE para el estudio de los Verbos franceses, con las reglas, excepciones y ejemplos. Dedicada á la juventud española por FRANCIS NAVONE, Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica.—Complemento al Método de Ahn. Madrid, 1879.—Precio en toda España: 50 céntimos de peseta.

Se halla de venta en la librería extranjera y nacional de Bailly-Bailliere, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías del Reino.

Á LOS CAZADORES Y CARNICEROS.

Se compran cabezas de ciervo frescas con 30 centímetros por lo ménos de pescuezo.

MADRID.—Carrera de San Gerónimo, núm. 14.

DISECADOR SEVERINI.

SOBRINOS DE TRIANA.

ALMACEN DE CURTIDOS.

Comercio, 12.

ALMACEN DE GÉNEROS NACIONALES Y EXTRANJEROS

DE

BUENAVENTURA CUCHET Y HERM.º

Comercio, 52.

Grandes y variados surtidos en toda clase de tejidos para la presente estacion.

CASA EN BARCELONA.

ULTRAMARINOS

DE

CÁNDIDO GARCIA.

Comercio, 10.—TOLEDO.

GRAN SALON DE PELUQUERÍA

DE RAMON VILLUENDAS.

33, ZOCODOVER, PRAL., 33.

Se afeita, corta y riza el pelo y se lava la cabeza á real. Por 12 bonos ó tarjetas, 10 rs.—Hay existencia de 200 pelucas para Teatro, coleccion de calvas Edad Media, Luis XIV, Lavalier, peluquines blancos y negros, rapadas, del dia y de clown.—Se confeccionan pelucas para señoras y caballeros.